

## CARACAS: UN "WEEK END" DE PESADILLA



# Las 57 horas de angustia de Di

HA ido recientemente a Stuttgart para probar el modelo 230 de la Mercedes. Ha aconsejado, ha aprobado y ha censurado y los técnicos han escuchado reverentemente y se han llevado al 230 a los talleres, donde después de introducir los cambios que él ha dictado empezará su producción en serie: él puede dictar sus ukases a los técnicos del automovilismo porque se llama Juan Manuel Fangio y ha sido el mejor corredor que empuñó el volante de un bólido.

Juan Manuel Fangio no está, como puede verse, completamente apartado del mundo del motor. Claro que su vida de ahora no es la vida agitada y peligrosa que llevaba hace unos años. A veces la agitación y el peligro no estuvieron sólo en las largas rectas o las endiabladas curvas de los circuitos. Por ejemplo, aquel día de febrero de 1958 en un hotel de La Habana.

Fulgencio Batista quería convencer a las agencias norteamericanas de turismo de que la vida en La Habana era completamente normal, pese a lo que anunciaban los corresponsales de prensa entusiasmados con el «demócrata» Fidel Castro. Batista creyó que una carrera automovilística serviría para atraer a su capital muchos de los turistas que ya empezaban a escasear. Los castristas opinaron que una carrera automovilística podía servirles también a ellos en forma de publicidad para su movimiento. Resultado: Juan Manuel Fangio fue raptado de su hotel y devuelto posteriormente sin haber sufrido daño alguno. Millones de aficionados de todo el mundo que no habían oído hablar nunca de Fidel Castro ni les había preocupado jamás los problemas políticos de la isla de Cuba, supieron desde entonces que había un movimiento armado para derribar a Fulgencio Batista.

La experiencia se ha repetido varias veces desde entonces. Es una nueva técnica publicitaria, perfeccionamiento y superación de la que estaba en boga en el mundo de la pantalla hace treinta años: un «astro» o una «estrella» en declive finga un intento de rapto que la llevaba de nuevo a las primeras páginas de los periódicos.

Después, los castristas primero, pensaron que podían sacar partido de un rapto a costa de la celebridad de alguien que no estuviera precisamente en declive. La coparon los enemigos del régimen de Oliveira Salazar y la han empleado, ya en

serie, los adversarios del presidente venezolano Rómulo Betancourt.

Al principio de este año secuestraron al mercante «Anzoátegui», con el que fueron a pedir asilo político al Brasil. Se apoderaron también de algunos de los mejores cuadros de una exposición francesa para devolverlos días más tarde. Ahora le ha tocado el turno a la «Santa Rubia».

El día 22 los aficionados caraqueños que seguían paso a paso el desarrollo de la Pequeña Copa del Mundo, se enteraron de que en los entrenamientos realizados por el Real Madrid en las instalaciones deportivas del colegio de San Ignacio de los padres jesuitas, había participado el brasileño Evaristo. Era el indicio, más tarde confirmado, de que quizás Alfredo Di Stéfano no jugaría el 23 contra el Sao Paulo. La «Santa Rubia» estaba sometida a tratamiento médico de una torticollis que le afectaba. Su estado físico, aseguraban los optimistas, mejoraba hora tras hora.

Pero las predicciones de estos no se vieron confirmadas completamente. Alfredo Di Stéfano jugó solo un tiempo del partido que el Sao Paulo ganaría por el tanto de 2-1. El gol madridista fue precisamente obra de Evaristo.

## Tiros en el fútbol

Probablemente los jugadores madridistas y paulistas no estaban acostumbrados a un encuentro como el del viernes, en el que se registraron algunos tiros. Pero la «balacera» no era producto de unos «hinchas» enloquecidos. Era, simplemente, obra del F.A.L.N.: Las «Fuerzas Armadas de Liberación Nacional», versión venezolana del castrismo, enemigos irreconciliables de Rómulo Betancourt e incesantes promotores de disturbios en todo el territorio nacional.

Cuando Fidel Castro arribó al poder el día de Año Nuevo de 1959, el régimen venezolano era el más firme apoyo con que contaba el castrismo en toda la zona del Caribe. Ese apoyo ha ido disminuyendo hasta convertirse en franca hostilidad y no precisamente por culpa de Betancourt. Castro soñó con arrastrar al antiguo izquierdista a su propia órbita pero Betancourt, un tanto de vuelta de sus pasados extravíos, consideró más saludable para su país mantener una buena armonía con

el «State Department». En consecuencia, Castro se decidió por la violencia: creó, más allá de Caracas y en el propio corazón de la urbe, unas milicias clandestinas que implantaran un régimen castrocomunista en Venezuela.

En las últimas semanas el F.A.L.N. ha multiplicado los actos de sabotaje, ha secuestrado a tres oficiales del Cuerpo de Seguridad que siguen aún prisioneros en el momento de escribir y ha colocado una bomba en unas instalaciones petrolíferas de la Barcelona venezolana. Pero todo eso apenas podía significar unas líneas en cualquier periódico que no fuera de Venezuela. Hacía falta algo más para que el mundo se enterara de que existía el F.A.L.N. Ese algo más ha sido, precisamente, el secuestro de Alfredo Di Stéfano.

## "Abran a la policía"

Seis de la mañana en el Hotel Potosí. Un pequeño grupo pasa ante el adormecido portero nocturno que, casi entre sueños, pregunta quiénes son y recibe una sola palabra de respuesta: «Policía».

Esa palabra basta para despejar completamente al hombre. Inquieto, recoleto de la presencia de la policía a esas horas y en ese lugar, se pregunta qué es lo que podría hacer. No tiene tiempo de responderse a esa pregunta. Minutos más tarde los hombres cruzan de nuevo las puertas del hotel camino de un coche que aguarda con el motor en marcha. Pero ahora va uno más a quien el portero conoce bien: se llama Alfredo Di Stéfano y es el delantero centro del Real Madrid, el hombre que apareció una vez en la portada de «Life» y que es famoso en Sudamérica desde 1946 y, en Europa, desde que fue al viejo continente a jugar en los partidos a beneficio del Torino después de la catástrofe aérea de Superga.

Alfredo Di Stéfano compartía su habitación con el defensa central Santamaría. A ambos les despertaron los primeros golpes, perentorios, sobre la puerta.

—¿Quién es?

—¿Policía? Abra inmediatamente.

Unas miradas de extrañeza de los dos jugadores, quienes por fin se deciden a abrir la puerta.

—Venga con nosotros inmediatamente

—dice uno de ellos a Di Stéfano—. Vístase, pronto.

—¿Adónde tengo que ir?

—Ya lo sabrá.

De nada valen, naturalmente, las negativas, ante el argumento de dos pistolas ametralladoras. De nada vale tampoco que Santamaría intente evadirse por el cuarto de baño y por la puerta para establecer contacto con los directivos del Real Madrid. Santamaría permanecerá encerrado en su habitación y, cuando pueda dar la alarma, Alfredo Di Stéfano y sus secuestradores estarán probablemente muy lejos.

Después las telefonistas del Hotel Potosí se sienten a punto de enloquecer. Llamadas a la Embajada española, llamadas de la Policía al Hotel. Esa misma mañana se anuncia y más tarde se desmiente, que los diecinueve hombres que componen la expedición del Real Madrid son trasladados a la residencia de la Embajada de España y don Matías Vega, el embajador, recibe un telegrama de Santa Pola (Alicante). Don Santiago Bernabéu, postrado en la cama por una molesta afección de herpes zóster, ruega al embajador español que adopte las disposiciones pertinentes en relación con el equipo: dicho de otra manera, él decidirá si el Real Madrid debe jugar el domingo siguiente contra el Oporto.

Y el Madrid está el domingo en el Estadio Universitario donde es recibido con estruendosas ovaciones y vence otra vez al Oporto por 2-1. Ganaron los numerosos caraqueños que apostaron a que el Madrid volvería a jugar.

## Llama el F. A. L. N.

Victoria sin entrenamiento previo, porque la tarde anterior todos permanecieron en el Hotel a la espera de noticias de Di Stéfano. La primera llegó a la seis de la tarde. El señor Moraleja, uno de los directivos del Real Madrid que forman parte de la expedición, cogió el teléfono. Al otro lado de la línea un hombre que se calificó de portavoz del F.A.L.N. le dijo:

—Tenemos en nuestro poder a Alfredo Di Stéfano, pero no temen nada. Nada le sucederá. Tan pronto se haya difundido por todo el mundo la noticia de su captura, le pondremos en libertad.

Lo que se temía en Caracas y Madrid